



“PERO LLEGÓ LA PANDEMIA”

SEUDÓNIMO: TOBOGÁN

I CONCURSO DE RELATOS BREVES COAPEMA

PERO LLEGÓ LA PANDEMIA

Pero llegó la pandemia y con ella el confinamiento. Y quiero decirlo, con voz desnuda, sin modestia ni duelo, mi penuria.

Pero llegó la pandemia y se llevó los “achuchones”. Los hijos dejaron de visitarnos, que no de cuidarnos, y a los nietos sólo los veíamos por video-llamada. ¡Bendita tecnología!

Pero llegó la pandemia y empezamos a vivir en los recuerdos. Recuerdos de amigos que se marcharon para siempre ..., y recuerdos de nuestros nietos, de sus caricias, de sus sonrisas y de sus llantos. El vivir en ellos y para ellos, agotarnos con ellos, se lo llevó el miedo al “bicho”. ¡Maldito bicho!

Pero llegó la pandemia y, metidos en una burbuja, soñábamos con volver a jugar entre risas y besos, soñábamos con velar su sueño, respirar su llanto, de día, de noche, de alborada. ¡Los necesitábamos tanto!

Los recuerdos nos traían una felicidad inacabada y tan sólo podíamos esperar y esperar. Queríamos gastar con ellos todas las horas, dibujar mariposas en el galope de su corazón. ¡Ay, si pudiéramos detener el tiempo!

Pero llegó la pandemia colándose de rondón y la tarde se puso gris marengo, asustada por negros nubarrones. Y el cielo estaba sin luces, el campo estaba sin flores, los pájaros no cantaban, no jugaban nuestros niños en los parques, ni vigilaban los abuelos, porque estaba el orbe con la Covid 19.

Y queríamos llenar esa cárcel con una tormenta de abrazos, queríamos contarles cuentos, bajarles la Luna, estar con ellos hasta agotarnos, en busca de un paisaje ya olvidado. Queríamos ahuyentar la pesadilla de tenerlos ya sin ya tenerlos, de sentirlos ya sin ya sentirlos, de tocarlos ya sin ya tocarlos, de achucharlos ya sin ya achucharlos. ¡Ya teníamos bastante!

Pero llegó la pandemia y fue toda una angustia de días sin reposo y noches desveladas. La nostalgia no dormía y nuestros ojos se abrían al llanto. La calle tenía espinas de miedo recelado. Yo, a fuerza de soñar golosamente, y ávido de entregarme a los juegos de mis nietos, entretenía la ociosidad con la memoria del pasado, añorando un tiempo intenso, un tiempo sin tiempo para nada que no fuese vivir en ellos y para ellos, un tiempo embriagador y radiante que, en volandas, me llevase a su bulliciosa brisa, al agua del río cantarín de su voz, a la palmada, a la plenitud de las campanas.

Cuántas veces soñé que me decíais: “súbeme a tus zapatos, abuelo, que tengo los pies descalzos y fríos”, y en volandas os llevaba, vencida toda noche, por un mar de primavera, entre pompas de jabón y mariposas, lunas y estrellas, mientras renacían vuestras diabluras de colores y yo oía vuestro engatusador cascabeleo, vuestra contagiosa risa, en una cabalgata de espectros saltarines.

Pero llegó la pandemia y abrí los ojos. En el rincón más tierno de la casa los juguetes, muertos, me hablaban en silencio de vuestra amarga ausencia. Yo no sabía cómo romper aquella oscura y fría tiniebla, llena de cachivaches, que me asfixiaba. A veces pienso que me he quedado atrapado en el tiempo, esperando en vano, algo más que recuerdos.

Pero cuando llega vuestra video-llamada mi corazón redobla sus latidos. Es como un fragor de verdores entre lomas, como un maná de amores, como un color de luna llena, como el fulgor del alba o de una estrella. Ya no siento la ceguera cotidiana y mudo, estremecido y callado lloro en silencio de alegría. Viene la lluvia a los ojos del ciego que no ve pero adivina y sueña. Sueña y espera con nuevo corazón izándose en la pena que se abre al mediodía.

Cuando pase la noche, cuando mañana llegue el nuevo día, me decía, sentiré que me cala un olor que en el gozo no termina porque está más allá de lo gozado. ¡Toda mi vida puse en esta espera!.Mi corazón soñaba con temblores de caricias y de abrazos que colmasen la tolva de mi deseo.

Y llegaron, con un latido amanecido en lumbre, las deseadas vacunas, ese beso de lluvia que nos trae la esperanza, ese torrente de agua que nos lleva hacia un final feliz sobre campos de ensueños y nos librerá del calvario.

Sosteniendo la cometa del ensueño, empujada por aires nuevos, veo vuestras caras, presiento vuestras travesuras. Os inventáis palabras nuevas que no entiendo, y la tarde se tife de todos los colores cuando me llamáis “abuelo” , mientras saboreo la miel caliente del amor sincero.

¡Qué pobres las palabras!, diciéndoos que os quiero, casi no os digo nada. Bendito sea el día, el mes, el año, y la estación y el instante en que os conocí a los tres. ¡Qué vida más dichosa, que gozo más en paz!.

Me gustaría vestiros de caricias, perderme en vuestros sueños, reflejarme en vuestra mirada ..., me gustaría. Me gustaría enredarme en vuestros deseos, acariciar

vuestra loca cabecita, encallar en vuestra sonrisa, navegar por vuestros juegos, quereros noche y día ..., me gustaría.

Es curioso, asomado al rincón de los recuerdos vuestra sonrisa pillá me acaricia como el sol de invierno entre elocuentes silencios. Es curioso, uno cree saberlo todo, y llegáis vosotros y con pocos años nos enseñáis un mundo nuevo en el que aprender a saborear el tiempo, en el que vuestra mirada y la nuestra se abrazan y se funden, en el que la felicidad está viva. Y todo gracias a vuestro corazón escondido en vuestra cara de pillos.

Es curioso, cuando seáis mayores descubriréis que estábamos a punto de salir de paseo, cuando vuestra abuela os había quitado el pañal a uno de los tres, quien aprovechó para hablarme de una fuente calentita y abundante. Fue la primera vez aunque no la última. Y lo hizo como, en su día, lo hiciera también su padre. ¡Eso es aprender rápido!

Es curioso, cuando seáis mayores descubriréis que cuando os daba un juguete lo tirabais al suelo una y otra vez sin dejar de sonreír. Hasta diecisiete veces me agaché a recogerlo mientras os refáis. Lo tirásteis otra vez, y el "abu" no podía más... pero lo recogió de nuevo porque a vuestra pícara sonrisa siempre le acompañaban los violines que acompasaban su melodía a la marea de vuestra sangre, mi propia sangre, al latido de mi corazón. ¡Es curioso!

Y por fin ya estamos vacunados, y ¡adiós a la compañera del alma, a la fiel amiga, a la querida mascarilla!. Pero tenemos que tener todos los ojos bien abiertos para no volver a las andadas, para no desandar lo andado. Si sólo ves lo que ves, ¿de qué te sirve mirar? Disfrutemos de la nueva burbuja familiar, de nuestros queridos nietos, pero no olvidemos protegernos y protegerlos porque el "bicho" está aquí.

Ya se pasaron los días pesados. Las estrellas brillan más y no nos dejan de mirar. ¡Ay, si pudiera detener el tiempo!

Cuando leáis esto sabréis que gasté mis años en quereros y que pensando en vosotros, mis pequeños dueños, mis traviesos nietos, y ebrio de gratitud hacia vosotros, vivo, escribo y amo; amo, escribo y vivo, al caer de la tarde.

Vuestro abuelo Jesús